

PALABRAS PRONUNCIADAS DURANTE LA ENTERGA
DEL TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA
EN LA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS

Miami, Florida, 29 de mayo de 1995

Excmo. Mons. John C. Favarola, Arzobispo de Miami, Excmo. Mons. Agustín Román, Obispo Auxiliar de Miami, Sres. presbíteros, muy reverendo Padre Rector y distinguido Claustro de Profesores de la Universidad de Santo Tomás.

Aunque en el último programa, que me hizo llegar el querido hermano Mons. Agustín Román, no aparecía ya una alocución con ocasión de la entrega que me hace este Prestigioso Centro de Estudios del título de Doctor Honoris Causa, queriendo caritativamente no recargar mi programa, me parece que se imponen en esta ocasión tan especial algunas palabras que exalten más que la significación personal de este acto, que valoro altamente, su particular sentido en el ámbito de las históricas relaciones culturales de los Estados Unidos de Norteamérica con mi país.

La proximidad geográfica entre Cuba y Estados Unidos, y la fluida e ininterrumpida concurrencia de ambos pueblos ante los avatares de una historia que no ha cesado de implicarlos, ha creado lazos que, aunque susceptibles de diversa valoración, son innegables y reclaman el responsable empeño de una sana interpretación.

En el curso de la época moderna se ha pasado del predominio de las relaciones comerciales a la mutua afluencia cultural, llegando a niveles, en grados y extensión, nunca vistos con anterioridad a los años que corren. En los intereses compartidos en la actualidad, y como para refrendar y perpetuar la mutua influencia, no se puede desconocer la activa presencia de más de un millón de cubanos, e hijos de cubanos, que residen en los Estados Unidos y que han emparentado con nacionales de este país y, en no pocos casos, la categoría de los cubanos americanos es poderosamente influyente, tanto en la vida económica como política de los Estados Unidos, sin olvidar la traslación a este país, y la resistente conservación de costumbres y tradiciones que pertenecen al alma cubana.

Ya en tiempos en que se gestaba el ideal de independencia de Cuba, el pueblo norteamericano y su recién estrenada Constitución ejercieron un gran influjo tanto en la consolidación del pensamiento como en la anuencia de las voluntades que procurarían los medios adecuados para liberar a Cuba del dominio español. Baste citar a modo de ilustración el magisterio moral y la labor periodística del P. Félix Varela, ejercidos en Estados Unidos, y la incansable gestión unificadora de José Martí, realizada en estas tierras.

Es de justicia reconocer que fueron los cubanos exiliados en el sur de Estados Unidos, durante el siglo XIX, los que con cariño y responsabilidad dieron abrigo y calor a las ideas martianas, remediando la frialdad sufrida por el apóstol en sus años de Nueva York.

Fue precisamente a partir de la visita que hiciera Martí a Tampa y a Cayo Hueso que comienza la última etapa de la preparación a la guerra de Independencia. Fueron insustituibles en la consolidación del proyecto martiano las ayudas que, material y moralmente, ofrecieron tanto los obreros del tabaco, como hombres de otros oficios y representantes de las clases más acaudaladas.

Es aleccionador señalar que el sacrificio de aquellos cubanos movilizó las voluntades de los cubanos de la isla, quienes, por su representatividad y por su número, fueron ganados para la causa de la independencia. Su participación resultó decisiva para la consecución de la victoria sobre España.

En su discurso en la Sociedad Económica de Amigos del País en la Habana el 9 de enero de 1934, Don Fernando Ortiz expresa su punto de vista sobre las peculiares relaciones que ha existido entre los Estados Unidos y Cuba.

«La influencia de Estados Unidos en la vida de Cuba es innegable, es permanente, es intensísima, es hoy inevitable; y se manifiesta para el bien o para el mal según los impulsos que la mueven y los hombres que la dirigen.» Reconociendo este hecho con simple objetividad, Don Fernando analiza la gama de posturas que pueden tomarse frente a él.

«Frente al factor americano, unos se le han sometido, abiertamente o encubiertos, y hasta lo han ayudado para el abuso; otros lo han combatido a ultranza y hasta se han negado a reconocer su existencia, como si fuera un espectro de la fantasía; otros lo hemos aproximado a pleno sol, sin servilismos ni altiveces, sin desplantes ni pavores, y apartando de la enmarañada madeja de los influjos americanos aquellas fibras retorcidas en la soga que amenaza estrangularnos, hemos tratado de ir tejiendo, con las hebras de más paro hilado de aquel pueblo, la trama de nuestros tan independientes como coordinados destinos» (Ídem).

Claramente, el ilustre polígrafo cubano toma partido por una posición moderada y realista en las complejas relaciones Cuba-Estados Unidos y, adelantándose algo al criterio de interdependencia que sirve para orientar hoy las relaciones internacionales, trata de sacar provecho de los aspectos positivos de esta proximidad geográfica y de destinos.

«No hay un solo verdadero y puro interés del pueblo americano, que contradiga los fundamentales intereses del de Cuba, y viceversa. La geografía nos ha hecho vecinos, la historia nos ha hecho parientes, el trato nos ha hecho amigos, la economía nos ha hecho socios, los tratados nos han ligado... Impidamos que un puñado de extraviados, de uno y otro país, perturben el desarrollo de esta armónica colaboración en la obra de la civilización universal» (Ídem).

Es sabido de todos cuánto se ha difundido el pensamiento de Martí con respecto a Estados Unidos, donde nuestro apóstol pone en guardia, no solo a Cuba, sino a la América Latina frente al poder económico, político y militar de la gran nación del Norte. Se ha hecho proverbial su frase *«He vivido en el monstruo y conozco sus entrañas»*. Pero Martí no consideraba únicamente los aspectos preocupantes, amenazantes o aun monstruosos de la inmensa nación americana. Al vivir aquí, él conoció también lo grande del sueño americano y lo magnífico de sus realizaciones.

«En los fastos humanos, nada iguala a la prosperidad maravillosa de los Estados Unidos del Norte. Si hay en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos los lazos que ata el sacrificio y dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos, si la ausencia del espíritu femenil, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional, endurece y corrompe el corazón de ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los pueblos. Hoy por hoy, es lo cierto que nunca muchedumbre más feliz, más jocunda, más bien equipada, más compacta, más jovial y frenética ha vivido en tan útil labor en pueblo alguno de la tierra, ni ha originado y gozado más fortuna ni ha cubierto los ríos y los mares de mayor número de empavesados y alegres vapores, ni se ha extendido con más bullicio orden e ingenua alegría por blandas costas, gigantescos muelles y paseos brillantes y fantásticos» (Coney Island, 13 de diciembre de 1881).

Martí considera no solo factor del crecimiento económico y avance social, sino como la clave de la prosperidad de los Estados Unidos la acogida a los inmigrantes. Esta consideración suya es de plena actualidad y merece citarse.

«He aquí el secreto de la prosperidad de los Estados Unidos: han abierto los brazos. Luchan los hombres por pan y por derecho, que es otro género de pan; y aquí hallan uno y otro, y ya luchan. No bien abunda el trigo en los graneros, o el goce de sí propio halaga al hombre, la inmigración afloja, o cesa; mas cuando los brazos robustos se fatigan de no hallar empleo, —que nada fatiga tanto como el

reposo—, cuando la avaricia o el miedo de los grandes trastorna los pueblos, la inmigración como marea creciente hincha sus olas en Europa y las envía a América» (Nueva York, 7 de enero de 1882).

Es de notar que Martí destaca que el inmigrante busca dos cosas fundamentales: el pan y el derecho. En el pensamiento martiano, el derecho es tan importante como el pan. Y constata José Martí que en esta tierra americana se encuentran lo uno y lo otro.

Si bien en la raíz de nuestro pensamiento nacional, cuyo primer exponente original y cronológico es el Padre Félix Varela, hay siempre una clara opción por la independencia política de Cuba: «*Cuba ha de ser tan isla en lo político como en lo geográfico*» (P. Félix Varela, *Escritos Políticos*), en lo cultural nuestra isla miró siempre hacia los Estados Unidos y aún más hacia Europa.

La cultura cubana no se ha detenido ni siquiera en los tiempos en que la intransigencia ideológica y la imposición de mentalidades y modelos foráneos, por demás extraños a nuestra idiosincrasia, constituyeron la referencia obligada del pensamiento y de la expresión.

Durante dos largas décadas, 1965-1989, la cultura cubana ha ejercitado la difícil virtud de integrar de matrices diversas aquellos componentes válidos que no solo satisfacen curiosidades intelectuales, sino que, además, enriquecen el propio patrimonio cultural mediante la posesión de claves interpretativas de la existencia humana, estas de firme raigambre milenaria y de acumulada y probada sabiduría. Es el caso de numerosos cubanos que aprendieron los más diversos idiomas eslavos, que convivieron con tradiciones populares desconocidas, que emparentaron con hijos e hijas de pueblos portadores de un acervo no siempre contaminado por la ideología dominante. Todo esto convive hoy, y no es difícil prever su conservación generacional sucesiva, en esposos y esposas, en padres, ya adultos, de hijos que mezclan en su sangre y en sus almas las improntas más disímiles. Esto, lejos de ser un síntoma de pobreza cultural y un justificado lamento de tiempo perdido, constituye, por el contrario, una muestra de crecimiento cultural enriquecedor.

La emigración reciente de cubanos ha traído también a estas costas esa nueva complejidad cultural que ha venido a sumarse a lo español, lo africano y en menor grado a lo asiático, en la expresión de lo cubano. Llegan a estas tierras en busca de nuevas síntesis y habrá que prever futuras afirmaciones de una identidad sui géneris.

Aquí está la Universidad, lugar de encuentro. posibilidad maravillosa para pensar la vida, la historia y la cultura de los pueblos. La universalidad de la fe católica le confiere un papel preponderante a la Universidad para que la síntesis que cada generación debe hacer integrando «lo nuevo y lo viejo» se haga también entre lo diverso de las culturas que se entrelazan en esta encrucijada de pueblos que es la región sur de la Florida. Esto debe hacerse con particular cuidado a la identidad cultural propia de cada país o región.

La Universidad de Santo Tomás ha aceptado ese desafío y en su quehacer mira seguramente al futuro. El Sur de la Florida es una gran frontera cultural entre dos mundos, la América del Norte y la del Sur, que tienen un destino común, pero no idéntico. Miami es centro mercantil, financiero y punto de irradiación de la nueva cultura, que difunden los mass-media, muchos de los cuales tienen aquí sus centros de emisión.

Creo que lo que engrandece a una Universidad es saber establecer clara y firmemente su propia línea orientadora, y esto es fundamental en una Universidad Católica, y estar abierta a los retos y exigencias del medio social y cultural donde se halla.

Pero no olvidemos lo esencial de la Universidad: sembrar inquietudes, aquellas buenas inquietudes que despiertan el interés, aguzan el ingenio, mueven a la investigación, pero también generan respuestas éticas adecuadas, alternativas válidas para un mundo mediocrementemente uniforme. ¡Qué alto honor para mí que un Centro con estas altas responsabilidades, que tiene una tradición de participación cubana en sus aulas, no solo aquí, sino en mi Patria; que ha cosechado tan buenos

frutos y ganado tan merecido prestigio; haya querido subrayar esos lazos que deben unir a las dos Américas y que deben acercar cada vez más a los cubanos de Cuba y del sur de la Florida, otorgando la distinción de un Doctorado Honoris Causa al Cardenal cubano.

Con honda gratitud recibo tan alta distinción, personalmente inmerecida, pero cargada de significación para la Iglesia en Cuba y para mi amada Patria. Muchas gracias.